

La luz de la Reina

Lumen

Reinado 
de María

Reginae

N. 18-OCTUBRE 2021

El Gran Milagro

Al lector

Su rostro es bello

Alma Mariana

**Consagración a
Nuestra Señora**

Totus Tuus



*“ Soy Nuestra
Señora del Rosario ”*

(Sexta Aparición de Nuestra Señora de Fátima)



Lumen Reginae

Revista oficial del
Reinado de María.
Número 18
Octubre 2021

El Reinado de María es un movimiento de fieles católicos que busca promover el Encuentro con Dios en el Inmaculado Corazón de María.

El Encuentro con Dios, fin último del hombre, felicidad plena sin amenazas, llegará con Jesús y su reinado, y éste con el Reinado de María.

«Venga a nosotros el reinado de María, para que venga, Señor, tu reinado». (VD 217)

Ad Jesum per Mariam.

Contacta con nosotros en:

 reinadodemaria.org/

 facebook.com/Reinado-de-Maria

 instagram.com/reinadodemaria

 youtube.com/c/ReinadodeMar%C3%ADaRM

SUMARIO

04

EN LA ESCUELA DEL
INMACULADO CORAZÓN

Soy la Señora del Rosario



07

ALMA MARIANA

Su rostro es bello



08

VICTORIAS DE MARÍA

El Santo Rosario salvó a la cristiandad



10

TESTIGOS DE LA INMACULADA

La sonrisa de María



12

MI INMACULADO
CORAZÓN TRIUNFARÁ

Continúen rezando el Rosario todos los días



14

TOTUS TUUS
SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

Consagración a Ntra. Sra. del Encuentro con Dios



16

REINADO DE CRISTO

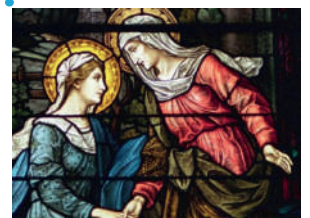
“Vete y haz tú lo mismo”...



18

AL ENCUENTRO
CON EL DIOS UNO Y TRINO

La omnipotencia de Dios





NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

¡El gran milagro!

Octubre, mes del Santo Rosario, es también el mes del ¡gran milagro! de la Virgen en Fátima, el prometido para que la gente crea en su autenticidad. Dejemos que la Hermana Lucía lo comente:

“Y, abriendo sus manos, las hizo reflejarse en el sol. Y, mientras se elevaba, continuaba el reflejo de su propia luz proyectándose en el sol” (por eso dijo que mirasen al sol).

Entonces se produjo el gran milagro. Cesó la lluvia y las nubes abrieron sitio al sol. La multitud admiró con asombro y terror la danza del sol, que giraba sobre sí lanzando destellos amarillos, azules, violetas,

y parecía una rueda de fuego que iba a caer sobre la tierra. Por fin el sol se paró y volvió a su sitio... Mientras, los tres videntes contemplaron las apariciones de San José con el Niño y a Nuestra Señora vestida de blanco, de Nuestro Señor, de Nuestra Señora de los Dolores, y después a Nuestra Señora del Carmen.

Toda la multitud, más de setenta mil personas, daban testimonio de este hecho singular. La prueba estaba dada.

Ante los sucesos actuales que nos horrorizan, a veces de presagios apocalípticos, la Mujer vestida de sol, la vencedora, nos da la clave. En su mensaje nos muestra la solución:

siempre, el rezo diario del Santo Rosario, consagración a Ella, conversión, y no ofender más a Dios que ya está muy ofendido.

No debe dominar el miedo sino la confianza. Ella ha concedido una gran eficacia al Santo Rosario: No hay problema, sea material o espiritual, personal o internacional, que no pueda resolverse con esta oración sencilla y poderosísima.

Ella en este mes quiere hacer en nosotros un milagro: sanar corazones, repeler el pecado, inmaculizarnos. ¿La dejaremos?

¡Ah, y seamos apóstoles de su Rosario!



Soy la Señora del Rosario...



El Mensaje de Fátima sigue constituyendo un auténtico signo profético de esperanza, porque Nuestra Señora prometió una época de paz y el triunfo de su Inmaculado Corazón.



El triunfo del Inmaculado Corazón

Día 13 de octubre de 1917.– Recuerda la Hna. Lucía en sus *Memorias*:

«**S**alimos de casa bastante temprano, contando con las demoras del camino. El pueblo estaba en masa. Caía una lluvia torrencial. Mi madre, temiendo que fuese el último día de mi vida, con el corazón partido por la incertidumbre de lo que iba a suceder, quiso acompañarme. Por el camino se sucedían las escenas del mes pasado, más numerosas y conmovedoras. Ni el barro de los caminos impedía a esa gente arrodillarse en la actitud más humilde y suplicante.

Llegados a Cova de Iría, junto a la carrasca, transportada por un movimiento interior, pedí al pueblo que cerrase los paraguas para rezar el Rosario. Poco después, vimos el reflejo de la luz y, seguidamente, a Nuestra Señora sobre la encina.

— ¿Qué es lo que quiere Vd. de mí?

— Quiero decirte que hagan aquí una capilla en mi honor; que soy la Señora del Rosario; que continúen rezando el Rosario todos los días. La guerra va a acabar y los soldados volverán pronto a sus casas.

— Tenía muchas cosas que pedirle: si curaba a algunos enfermos y si convertía a algunos pecadores; etc.

— A unos, sí; a otros no. Es

preciso que se enmienden, que pidan perdón por sus pecados.

Y tomando un aspecto más triste:

— No ofendan más a Dios Nuestro Señor, que ya está muy ofendido.

Y abriendo sus manos, las hizo reflejarse en el sol. Y, mientras se elevaba, continuaba el reflejo de su propia luz proyectándose en el sol. He aquí el motivo por el cual exclamé que mirasen al sol. Mi fin no era llamar la atención de la gente hacia él, pues ni siquiera me daba cuenta de su presencia. Lo hice solo llevada por un movimiento interior que me impulsaba a ello. Desaparecida Nuestra Señora en la inmensa lejanía del firmamento, vimos al lado del sol, a San José con el Niño y a Nuestra Señora vestida de blanco, con un manto azul. San José con el Niño parecían bendecir al mundo, con unos gestos que hacían con la mano en forma de cruz. Poco después, desvanecida esta aparición, vimos a Nuestro Señor y a Nuestra Señora, que me daba idea de ser Nuestra Señora de los Dolores. Nuestro Señor parecía bendecir el mundo de la misma forma que San José. Al desvanecerse esta aparición me pareció ver todavía a Nuestra Señora en forma parecida a Nuestra Señora del Carmen».



El señor Obispo Don José Alves Correia da Silva en su Carta Pastoral relativa a las Apariciones nos dice que el fenómeno solar del 13 de octubre de 1917 fue el más maravilloso y el que mayor impresión causó a los que tuvieron la dicha de presenciarlo. Se reunieron millares y millares de personas que, al final de la última aparición, presenciaron todas las manifestaciones del astro-rey, homenajeando a la Reina del Cielo y de la tierra, más brillante que el sol en el auge de sus luces.

Este fenómeno que ningún observatorio astronómico registró y, por lo tanto, no fue natural, lo presenciaron personas de toda posición y clase social, creyentes y ateos, periodistas de los principales diarios portugueses y hasta individuos a kilómetros de distancia, lo que desvanece toda explicación de una ilusión colectiva.

Mayor milagro no se podía dar para confundir el ateísmo teórico y práctico que reinó durante el siglo XX, en el cual, fue la Rusia comunista el instrumento más poderoso y de mayor alcance para su difusión. Con la Revolución Bolchevique de 1917, satanáas comenzó a valerse del país más extenso del mundo y de la más grande nación cristiana de Oriente para combatir abiertamente a Cristo y a su Iglesia.

Como principal remedio para dicho ateísmo en el que se encuentra inmersa la humanidad en los tiempos actuales, Nuestra Señora señaló el rezo del Santo Rosario, el culto y devoción a su Inmaculado Corazón con la práctica de los

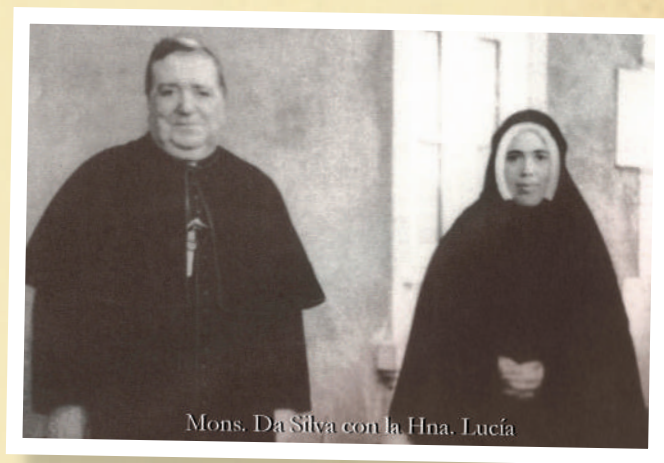
cinco primeros sábados y la consagración de Rusia a su Inmaculado Corazón.

Una característica particularmente importante del mensaje de Fátima es que recuerda a la Iglesia y a la humanidad de nuestros días la realidad del pecado y las catastróficas y mortales consecuencias de éste. ¿Por qué es intrínsecamente tan grave y tan trágico el pecado? Porque ofende a Dios, en su infinita majestad, y en su infinita y sabia voluntad. Esta es ni más ni menos la razón de la inconcebible malicia del pecado.

La Virgen pronunció sus últimas palabras, a modo de testamento: «No ofendáis más a nuestro Señor que ya está muy ofendido». Todos sabemos que es con el pecado con lo que ofendemos a Dios. Cuando pecamos, echamos a Dios de nuestro corazón y, por tanto, impedimos el triunfo del Inmaculado Corazón de María.

El Inmaculado Corazón de María triunfa en aquellos corazones que, estando en gracia de Dios, le están consagrados y, por tanto, rechazan con toda energía la más mínima mancha de pecado.

Cuando pecamos, nos convertimos en unos ingratos, no reconocemos a Dios como nuestro Padre, que nos ha dado la vida y a una Madre incomparable con un Corazón capaz de amar más que todas las criaturas juntas. Ese Corazón Inmaculado es maltratado cada vez que herimos al Corazón



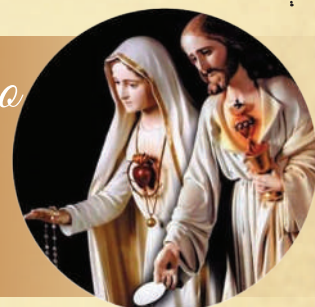
Mons. Da Silva con la Hna. Lucía

de su divino Hijo con el pecado. Ese Inmaculado Corazón fracasa en nuestras almas cuando vivimos de espaldas a Dios.

Entonces, ¿cómo lograr el triunfo del Inmaculado Corazón en el mundo? Dando a conocer y amar cada vez más a nuestra Madre del cielo, teniendo un firme propósito de antes morir que pecar, consagrarnos totalmente a Ella, con todo nuestro cuerpo y cualidades, con toda nuestra alma y facultades, con nuestra salud o enfermedad, con nuestros gozos y tristezas, con nuestros trabajos y proyectos, ilusiones, etc. Siendo todo de María, hacemos que su Inmaculado Corazón triunfe en nosotros y este Reinado de la Virgen se extienda por todo el mundo.

El reinado del Inmaculado Corazón es intrínsecamente eucarístico, y ello es indispensable para que haya un tiempo de verdadera paz en el mundo. Podremos acelerar el reinado y el triunfo del Inmaculado Corazón de María cuando vuelva a instaurarse en todo su esplendor por todo el mundo católico el reinado de Cristo Rey Eucarístico.

El Mensaje de Fátima sigue constituyendo un auténtico signo profético de esperanza, porque Nuestra Señora prometió una época de paz y el triunfo de su Inmaculado Corazón.



Su rostro es bello

P. RODRIGO MOLINA

INSPIRADOR DEL REINADO DE MARÍA

La modestia es la virtud protectora de la castidad, el baluarte natural de la pureza. ¡Qué hermosa y atractiva aparece a los ojos de todos! Es algo que arrastra, que se impone y edifica. ¡Y qué modelo tan perfecto tenemos en Santa María! En su semblante, en su mirada, en sus modales, en su compostura, aparecía una santa gravedad y seriedad, acompañada de una suavidad y de una dulzura celestial y divina. Así era su modestia: grave y simpática a la vez; rigurosa, que no admitía el más pequeño descuido, pero a la vez dulce, natural y sencilla.

El P. Molina quedó prendado de aquella modestia y recato que confería un encanto más a la belleza armónica de todo su ser. Así se la imaginaba cuando

predicaba sobre Santa María:

«Rinde homenaje a Santa María. Su voz es dulce, consoladora, operante. Su rostro es bello, atrayente. Mírala, cómo iría con su rostro cubierto con un velo, recogida y modesta. Cuando se quitaba el embozo que ocultaba su cara, aparecía su hermoso rostro. Es ovalado, algo largo; su color es puro con brillo tirando a pálido, es terso. Sus ojos son grandes, azules. El solo mirarlos eleva; son dulces. Sus labios finos, distendidos y bien contorneados hacen a su boca amable, expresiva, llena de benevolencia. Sobre sus espaldas cae su hermosa cabellera. Un indescriptible halo de pureza, modestia, recogimiento y bondad se desprende de todo su continente. Imítala».

*“Dios te salve,
María, llena de
gracia, siempre virgen,
Madre de Dios,
Inmaculada, la
aurora sin ocaso, la
bendición del mun-
do, libro abierto de
Dios, luz del uni-
verso, puerta para
la vida, hogar de
Dios...”*

(P. Rodrigo Molina)





El Santo Rosario

SALVÓ A LA CRISTIANDAD

Se dio la señal de batalla enarbolando la bandera enviada por el Papa con la imagen de Cristo Crucificado y de la Virgen. Los generales cristianos dieron la señal para rezar. Los soldados cayeron de rodillas ante el Crucifijo en ferviente oración hasta que las flotas se aproximaron.

Esta impresionante victoria nos muestra cómo la oración del Santo Rosario salva la cristiandad y, por lo mismo, es nuestra mejor arma en la batalla actual.

En el año 1571 la cristiandad entera estaba gravemente amenazada por los turcos, que querían invadir España y Portugal. Ya habían conquistado el norte de África, el

Medio Oriente y otras regiones y habían arrasado el catolicismo. Ahora querían hacerlo mismo sobre toda Europa, que se había librado después de ocho siglos de lucha.

El Papa San Pío V, hondamente preocupado, quiso unificar a los cristianos para defender el Continente. En mayo de 1571 se ratificó la alianza. La responsabilidad

de defender el cristianismo cayó en Felipe II, rey de España, los venecianos y genoveses.

El Papa envió su bendición apostólica y predijo la victoria. Ordenó expulsar a cualquier soldado cuyo comportamiento pudiese ofender al Señor y pidió a toda la Cristiandad rezar el rosario y ayunar, suplicándole a la



Santísima Virgen su auxilio y protección.

El 7 de octubre la Liga Cristiana encontró a la flota turca anclada en el puerto de Lepanto. Los turcos poseían la flota más poderosa del mundo, con 300 galeras. Los cristianos estaban en gran desventaja, pero poseían un arma insuperable: el Santo Rosario. Miles de cristianos en todo el mundo invocaban a la Virgen con el Rosario en mano.

Don Juan de Austria dio la señal de batalla enarbolando la bandera enviada por el

Papa con la imagen de Cristo Crucificado y de la Virgen. Los generales cristianos dieron la señal para rezar. Los soldados cayeron de rodillas ante el Crucifijo en ferviente oración hasta que las flotas se aproximaron. Los turcos se lanzaron sobre los cristianos con gran rapidez, pues el viento les era favorable. Pero inesperadamente, el viento se calmó justo al comenzar la batalla y comenzó a soplar en la otra dirección, favorable a los cristianos. El humo y el fuego de la artillería se iba sobre el enemigo, casi cegán-

dolos y al fin agotándolos.

La batalla fue terrible y sangrienta. El Papa, desde el Vaticano, no cesó de pedir a Dios, con las manos elevadas como Moisés. En un momento, el Papa, fijando sus ojos en el cielo, dijo: «No es hora de hablar más sino de dar gracias a Dios por la victoria que ha concedido a las armas cristianas». La cristiandad había logrado una milagrosa victoria que cambió el curso de la historia. Con este triunfo se reforzó intensamente la devoción al Santo Rosario.

En gratitud a Dios, el Papa instituyó la fiesta de la Virgen de las Victorias, después conocida como la fiesta del Rosario, y a la letanía de Nuestra Señora añadió "Auxilio de los cristianos".

San Pío X fijó la fiesta de Nuestra Señora del Rosario para el 7 de octubre y afirmó: «Dénme un ejército que rece el Rosario y vencerá al mundo».





La sonrisa de María

Santa Teresita del Niño Jesús y de la Santa Faz nació en Alençon, Francia, el 2 de enero de 1873. Sus padres Luis y Celia, elevados hoy a los altares, tuvieron 9 hijos, de los que Teresita fue la menor. Cuatro de ellos volaron al cielo a muy temprana edad, y las cinco mujeres restantes se hicieron religiosas: Cuatro Carmelitas y una Visitandina.

Con el despertar de su razón nació su profundo amor a Dios y a María. Hubo momentos marianos estelares en su existencia que le dejaron una huella imborrable.

El más notable fue la curación milagrosa que recibió de manos de María a los 10 años, cuando padecía una misteriosa enfermedad que los médicos no pudieron diagnosticar ni curar. Ella misma nos lo cuenta: «Era necesario un milagro, y fue Nuestra Señora de las Victorias quien lo obró. No hallando ayuda alguna en la tierra, la pobre Teresita se había vuelto también hacia su Madre del cielo, suplicándole de todo corazón que tuviese piedad de ella. De repente, la Santísima Virgen me pareció hermosa, tan hermosa, que nunca había visto nada más bello. Su rostro respiraba bondad y ternura inefables. Pero lo que me llegó hasta el fondo del alma fue la encantadora sonrisa de la Santísima Virgen. En aquel momento, todas mis penas se desvanecieron... ¡Ah, pensé, la Santísima Virgen me ha

sonreído, qué feliz soy!». Esa sonrisa de María, que la curó definitivamente, la acompañó a lo largo de su vida y la fortaleció en sus pruebas.

Sus ansias de consagrarse a Dios eran tan grandes que solicitó ingresar al Carmelo a los 15 años, lo que pudo hacer después de muchas vicisitudes.

Su vida religiosa fue una constante escalada hasta las más altas cumbres del amor. Se sentía pequeña, pero poseía una gran confianza en Dios y en la Virgen, su Madre. Por eso escribió: «La santidad no consiste en esta o la otra práctica, sino en una disposición del corazón que nos hace humildes y pequeños entre los brazos de Dios, conscientes de nuestra flaqueza y confiados hasta la audacia en su bondad de Padre».

En diversas frases expresó unos pensamientos que nos descubren en su audaz for-

mulación la locura de amor que sentía por María: «Oh María, os amo tanto, que si yo fuese la Reina del cielo y vos fueseis Teresita, quisiera ser Teresita para que vos fueseis la Reina del Cielo». «Soy más feliz que tú, Madre mía, porque yo te tengo a ti por Madre y en cambio tú no tienes una Virgen Santísima a quien amar... ¡Es una dulzura más para nosotros y una dulzura de menos para Ella!»

En 1896, la noche del Viernes Santo sufrió el primer vómito de sangre, anuncio de la tuberculosis que poco a poco fue minando su organismo.

Falleció el 30 de septiembre de 1897 mientras apretaba el crucifijo en sus manos y exclamaba: «Dios mío...te amo». Tras su partida hizo «caer una lluvia de rosas». Pío XI la canonizó el 17 de mayo de 1925. Juan Pablo II la proclamó doctora de la Iglesia el 19 de octubre de 1997.

«Oh María, os amo tanto, que si yo fuese la Reina del cielo y vos fueseis Teresita, quisiera ser Teresita para que vos fueseis la Reina del Cielo».





CONTINÚEN REZANDO

el Rosario

TODOS LOS DÍAS

¿Qué es el Santo Rosario?

¿Por qué es tan importante rezarlo todos los días?

En la primera aparición, la Virgen de Fátima concluye con las siguientes palabras: «Reza el Rosario todos los días para alcanzar la paz del mundo y el fin de la guerra».

Sabemos bien cuán débiles somos, resbalamos y caemos. Sin el auxilio de la gracia, no conseguiremos levantarnos ni vencer las tentaciones. Ahora bien, esta fuerza que necesitamos y que nos viene con la gracia la conseguiremos en el encuentro de nuestra alma con Dios por medio de la oración. ¿Y qué mejor oración que el rezo del Santo Rosario en el cual se conjuga la ora-

ción mental con la oración vocal? ¿Qué mejor oración que aquella que ha escogido y ha pedido que recemos nuestra Madre del cielo?

Sin duda, uno escoge lo mejor, lo que más le gusta. Así, la Virgen Santísima ha escogido el Santo Rosario como la oración más completa para ofrecerla a Dios. Y ha querido que lo recemos todos los días porque sabe que del Santo Rosario dependen multitud de gracias para los que lo rezan y por aquellos por quienes es ofrecido.

En el rezo del Santo Rosario, meditamos los miste-

rios principales de la Vida de Nuestro Señor y mientras tanto, vamos paladeando la dulzura de la oración del Ave-maría. Comenzamos cada misterio con el Padrenuestro, la mejor de las oraciones y concluimos con el Gloria, oración que tributa nuestra adoración a la Santísima Trinidad.

Hay muchas y bellas oraciones que bien pueden servir para adorar, bendecir, dar gracias a Dios, pero no encontraremos alguna mejor que la que nos ha recomendado la Santísima Virgen María.

Rezando cada día el Santo

Rosario, damos gusto y contento a nuestra Madre del cielo. Cada Avemaría es una rosa que ofrecemos a la Virgen.

Además, Dios que es Padre y comprende mejor que nosotros las necesidades de sus hijos, quiso pedir, por medio de su Madre, el rezo diario del Rosario condescendiendo hasta el nivel simple y común de todos nosotros para facilitarnos el camino de acceso a Él. Porque mejor que nadie, sabe Dios y Nuestra Señora aquello que más nos conviene y de lo que tenemos más necesidad.

A veces, nos sucede que no sabemos meditar pero el simple hecho de tomar las cuentas en la mano para rezar es ya un acordarse de Dios y el mencionar en cada decena un Misterio de la vida de Cristo es ya recordarlos y este recuerdo dispone a nuestras almas a la oración, al encuentro con Dios.

Por otro lado, después de la oración litúrgica del santo sacrificio de la Misa, la oración del Santo Rosario es la oración más agradable que podemos ofrecer a Dios y de mayor provecho para nuestras almas.

Escribía la Hna. Lucía de Jesús y del Corazón Inmaculado, vidente de Fátima, al P. Fuentes:

«Los dos instrumentos que nos han sido dados para salvar al mundo son la oración y el sacrificio. Verá, Padre, la Santísima Virgen, en este final de los tiempos en que vivimos, ha querido dar una nueva eficacia al rezo del Santo Rosario.»

Ella ha reforzado esa eficacia hasta tal punto que no existe ningún problema, por difícil que sea, de naturaleza temporal o sobre todo espiritual, en la vida personal de cada uno de nosotros, o de nuestras familias, de las familias del mundo, o de las comunidades religiosas, o incluso de la vida de los pueblos y de las naciones, que no pueda ser resuelto mediante la plegaria del Santo Rosario.

No hay problema, le digo, ni asunto por difícil que sea, que nosotros no podamos resolver con el rezo del Santo Rosario. Con el Santo Rosario nos salvaremos, nos santificaremos, consolaremos a Nuestro Señor y obtendremos la salvación de muchas almas.»

Después de toda esta exposición, caeremos en la cuenta del porqué del rezo diario del Santo Rosario. Si la Virgen nos hubiera pedido que asistiéramos a la Santa Misa todos los días, probablemente no estaría al alcance de todos, dada lejanía de la iglesia para unos, las obligaciones que impiden este acto de piedad para otros, la enfermedad que tiene a muchos postrados en la cama, etc.

Sin embargo, en cualquier momento, en cualquier lugar y circunstancia en la que nos encontremos, podemos agradecer a Dios tantos beneficios obsequiando a su Santísima Madre con la oración que más le agrada:

«Rezad el Santo Rosario todos los días.»



«La Santísima Virgen, en este final de los tiempos en que vivimos, ha querido dar una nueva eficacia al rezo del Santo Rosario.» (Hna. Lucía)



Consagración a

NUESTRA SEÑORA DEL ENCUENTRO CON DIOS

El 7 de octubre el Reinado de María celebra a Nuestra Señora del Encuentro con Dios, en la memoria litúrgica de Nuestra Señora del Rosario.

El encuentro con María, y la consagración a Ella, hace que nos encontremos mejor con Dios, que vivamos mejor nuestra consagración a Dios. En Ella está Dios. Es inundada del Espíritu Santo.

Por ejemplo: Si voy a un lugar y tomo un automóvil, al cabo de un tiempo llego a ese lugar. Pero en María es como si dentro del automóvil ya llegase inmediatamente al lugar deseado. En María ya encuentro a Dios. Lo que ahora falta es que yo mismo me deje conformar según Dios por esa acción maternal mariana.

El P. Fáber, al entrar en la Iglesia Católica en 1845, escribió: «Nunca supe lo que era

amar a Jesús hasta que he amado cordialmente a María». Esto significa que el amor auténtico a Jesús implica siempre amor a su Madre.

No podemos tener a Dios por Padre si no tenemos a María como Madre, y como buenos hijos la obedecemos con amor filial. Esto, respecto a la vida cristiana, se realiza plenamente con una consagración.

San Luis M^a Grignion de Montfort es el autor más importante que habla de la Santa Esclavitud. Él contempla la verdadera devoción a María como una consagración a Ella, como la devoción de los últimos tiempos, la que le viene a poner el dique definitivo a Satanás.

Perfecta renovación de las Promesas del Bautismo

La entrega a María con la Consagración se equipara a una renovación de las promesas del bautismo por las que nos consagramos a Dios. ¿Cabe también ser de María? Sí, porque su deseo es hacernos plenamente conformes a Jesús. Y todas sus palabras, planes, intenciones y acciones son modelo de perfección, provienen de un corazón inmaculado, todo de Dios. Imitar a María es santificarnos.

Si somos de María, también renunciaremos como Ella a Satanás, a sus seducciones, a sus obras. Ella nos preservará del pecado y hasta del error. Estos son justamente los puntos de preparación para la Consagración de la Esclavitud mariana. Viviremos la santa esclavitud de Jesús, por medio de María, en una entrega total.

La Consagración es la mejor de todas las devociones porque lleva directamente al fin: a la perfecta consagración a Jesucristo. Esto se basa en la Sagrada Escritura, en la tradición de la Iglesia y en la vida y doctrina de los santos.

Naturaleza y motivos

El fin de la Consagración consiste en permitir que el Señor y la Virgen María nos guíen en nuestro peregrinar por la tierra.

Esta entrega requiere totalidad de todas nuestras facultades internas y sentidos externos, de nuestros bienes materiales y espirituales que ponemos al servicio del apostolado.

¿Por qué nos consagramos? Porque vale la pena. De este buen árbol se obtienen frutos buenos y copiosos. Entre otros, nuestra Madre alcanza a sus hijos fieles la perseverancia, la libertad interior. Al purificar el corazón y vivir del de María, el alma se libera de escrúpulos, preocupaciones y temores. Nos une a Dios por el camino más fácil, corto, perfecto y seguro.

Devoción y 'devociones'

Lo principal es la *devoción*, que es interior y conlleva una lucha ascética para vencerse. Es renunciarse a sí y hacerlo todo *por* María, *con* María, *en* María y *para* María. En esa lucha estamos asistidos por la Virgen. Su amor suaviza esa dureza, y, con sus gracias, hace llevadera toda carga.

También requiere prácticas exteriores como la oración, el retiro espiritual, el rezo diario del Santo Rosario, etc. Es muy recomendable el uso de alguna cadenilla, como símbolo de la consagración, y, sobre todo, llevar el Escapulario.

Esta Consagración nos llenará de confianza. María es sumamente generosa. Gozaremos ya en la tierra su protección especial, y después de la muerte, el paraíso.



“Vete y haz tú lo mismo...”

PARÁBOLA DEL BUEN SAMARITANO

Nos dice el Evangelio que Jesús predicaba al pueblo con parábolas. Es decir, historias breves y sencillas de las cuales se extraía una conclusión, una enseñanza. Las parábolas de Jesús nos dan las ideas centrales de su doctrina de un modo claro, inteligible, práctico. Nos explican el modo de ser de Dios, su estrategia en el gobierno del mundo, las leyes que pone en su Reino.

Queriéndonos ilustrar sobre el mandamiento del amor, Jesús elige la parábola de buen samaritano. Una historia con rasgos extremos en sus personajes, considerados entre sí como enemigos irreconciliables. Cada uno de los personajes nos describe un modo diferente de comportarse con el prójimo.

Jesús lo hace así para que captemos la incondicionalidad y carencia de límites de Su mandamiento y de su Amor.

Les decía: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en

manos de unos ladrones, que lo despojaron de todo, lo cubrieron de heridas y lo dejaron medio muerto» (Lc 10, 25).

El P. Molina resaltaba que Jesús, al no dar matices en la parábola, sino referirse sin más a: «un hombre», quería significar que «prójimo» es toda persona, rico o pobre, sano o enfermo, niño o viejo, que necesite de mí. Un hombre herido, desnudo, sin nada ni nadie, solo y medio

muerto: ¡un hombre machacado!

Esas son las preferencias del amor. Y Jesús desea que reflexionemos: ¿mis preferencias son como las de Él?, ¿o prefiero al rico, al joven, y ladeo al pobre y al viejo?, ¿al bueno y rechazo al malo?, ¿al guapo y repudio al feo?, ¿al sano y desprecio al enfermo? porque si no lo hacemos así, si no damos la prioridad de nuestro amor al que nos necesita corremos el riesgo de no obrar



por amor, sino por egoísmo.

El sacerdote y el levita «dieron un rodeo», con indiferencia, delante del hombre al cual los salteadores habían despojado y dado una paliza. Es lo contrario de «fijarse», de mirar con amor y compasión y remediarlo. ¿Qué es lo que impide esta mirada humana y amorosa hacia el hermano? Con frecuencia son la riqueza material y la saciedad, pero también el anteponer los propios intereses y las propias preocupaciones a todo lo demás.

Por fin bajó un samaritano, «que al verlo, sintió compasión, se acercó, curó sus heridas, lo montó en su borrico, y lo llevó a una posada hasta que se recuperara».

Un samaritano era un enemi-

go acérrimo de los judíos. Pero lo tomó a su cuidado. Y dijo al posadero. «Todo lo que gastes, lo pago yo». Hizo suyo el mal del hermano: Lo malo tuyo (= tu enfermedad y tu despojo), mío, para mí. Lo bueno mío (= mis bienes, mi tiempo), tuyo, para ti. Porque el amor auténtico no tiene fronteras ¡salta todos los obstáculos!

Así nos enseña a amar Jesús. Quiere que nuestro amor sea puro, magnánimo, desinteresado, como una buena mamá ama a su niño pequeño. ¿Acaso la mamá pone límites o cuenta las veces que se levante por la noche para atender al hijito que llora?

Y Jesús dice: «Vete y haz tú lo mismo»: nos encomienda la misión de ser en medio del mundo «buenos samaritanos».

La Virgen de Fátima nos recuerda este mandato de Jesús cuando nos pide orar y hacer sacrificios por la conversión de los pobres pecadores. Porque el «fijarse» en el hermano comprende también la solicitud por su bien espiritual.

Y Nuestra Señora también desea que le dejemos ser esa «Buena Samaritana» con nosotros y los nuestros. No le hagamos resistencia. Abandonémonos y abramos nuestros corazones a su Amor materno. Pongamos ante sus Ojos misericordiosos nuestras heridas y miserias, quizá nuestra alma casi desahuciada. Ella es Madre de Misericordia y la ejercerá con «cualquier hombre», rico o pobre, sano o enfermo, niño o viejo, pues todos somos ¡sus hijos queridos!



LO QUE QUIERE, LO HACE

LA OMNIPOTENCIA *de Dios*

La Sagrada Escritura nos narra que cuando el Arcángel San Gabriel se apareció a María Santísima para anunciarle que iba a ser Madre de Dios, sin concurso de varón, le comunicó a su vez que Santa Isabel, su anciana prima, estaba ya de seis meses, aquella que era considerada estéril... Porque «para Dios nada hay imposible» (cf. Lc 1, 26-38). Lo que para los hombres son límites infranqueables, para Dios son no existentes.

¿Qué significa que Dios es omnipotente?

La omnipotencia es un atributo divino por la cual Dios puede, por el mero ejercicio de su Voluntad, realizar todo cuanto Él quiere llevar a efecto. Simplemente lo que quiere, lo hace.

Dios puede ejecutar todo lo que sea metafísicamente posible, es decir, puede llevar a cabo cuanto no implique una contradicción, por ejemplo, un círculo cuadrado.

Su omnipotencia se manifiesta en la creación, salida de sus manos sin materia previa. Se muestra espléndida y sin parangón en la Encarnación y en la Resurrección de su Hijo. Y a partir de estos dos grandes misterios de su misericordia surgen a su vez otros dos gran-

des regalos: nuestra adopción filial y el perdón de nuestros pecados.

El Catecismo de la Iglesia Católica nos enseña (cf. nn.268-274) que creer en la omnipotencia de Dios tiene un gran alcance para nuestra vida. Esta omnipotencia se caracteriza por ser universal, amorosa y misteriosa: universal, porque Dios, que ha creado todo (cf. Gn 1,1; Jn 1,3), rige todo y lo puede todo; amorosa, porque Dios es nuestro Padre y pone todo lo que es para facilitarnos el mayor bien, que es nuestra salvación (cf. Mt 6,9); es misteriosa, porque sólo la fe puede descubrirla cuando se manifiesta en la debilidad de nuestra humanidad, de las circunstancias, de los acontecimientos (2 Co 12,9; cf. 1 Co 1,18).

El misterio de la aparente impotencia de Dios: ¿por qué existe el mal y el sufrimiento?

La fe en Dios Padre Todopoderoso puede ser puesta a prueba por la experiencia del mal y del sufrimiento. A veces Dios puede parecer ausente e incapaz de impedir el mal. Esta prueba puede dinamitar nuestra fe si no echamos mano de la Palabra de Dios, de la oración y de la fuerza sobrenatural que nos transmiten los sacramentos.

Puede ser que, en un caso concreto, no alcancemos a ver el bien que Dios saca de ese mal. El dolor, las pérdidas, son algunos de los momentos más difíciles de nuestra vida. Pero nos dice San Pablo que para los que aman a Dios, todo coopera a su bien (cf. Rm 8,28).

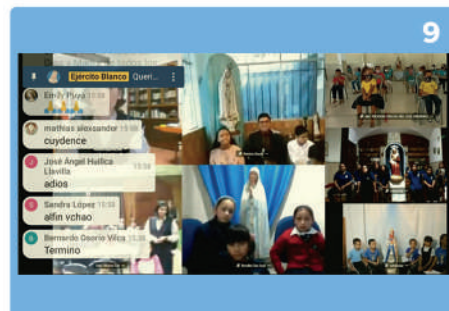
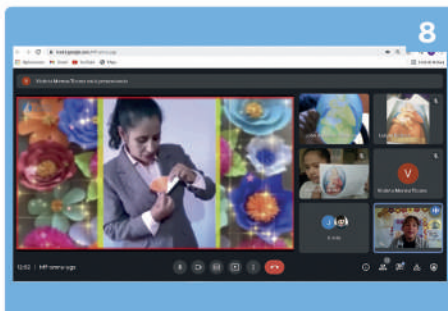
Dios, en su infinita Sabi-

duría, subordina un bien inferior a un bien superior, el bien material al espiritual, el físico a la moral, el profano al religioso, el terreno al celestial; porque no estamos hechos para la tierra sino para el cielo, no para el tiempo sino para la eternidad. En ocasiones nos permite poderlo comprender en esta vida, pasado el tiempo. Pero no siempre será así. Estos momentos nos ayudan, a su vez, a afianzarnos en el abandono confiado, a la esperanza en el cuidado paterno que Dios ejerce sobre sus hijos.

Estar bajo la mirada de Dios omnipotente, omnisciente y amante, que todo lo abarca, es estar defendido y protegido plenamen-

te de todo cuanto pueda socavar la felicidad. Esta realidad debe ser meditada frecuentemente por el alma cristiana, hasta asimilarla y vivirla. Dios pone en el alma un sentimiento de seguridad, hace vivir confiado: «Aunque me encuentre en guerra, yo sigo confiado» (Salmo 27, 3). Porque Dios es Aquel en quien me puedo abandonar y en ningún otro. Dios es esa potencia que fundamenta un existir seguro, feliz. Porque Dios, su poder, es fiable; es la respuesta adecuada para el desprotegido. No hay otro alguno digno de última confianza sino Dios. En Él mi confianza es firme, está sólidamente fundamentada. «Nada temo, porque Tú vas conmigo» (Salmo 23, 4).





1,2,3: Cusco (Perú) - Actividades con motivo de la celebración de la Virgen María; 4,5,6: Buenos Aires (Argentina) y Cusco (Perú) Jornada espiritualidad para jóvenes; 7: Chile Jornada mariana; 8 y 9: Cusco (Perú) Jornada de preparación para la consagración a Nuestra Señora del Encuentro con Dios. 10, 11, 12: Orocovis (Puerto Rico): Procesión de Nuestra Señora del Encuentro con Dios.

Este Boletín se distribuye gratuitamente.

Quienes deseen ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:

Conecta con nosotros

info@reinadodemaria.org
www.reinadodemaria.org

